

**“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”****(Ro. 13:9)**

Sal 122; Is. 2:1-5; Ro. 13:8-14

Jesús,  
Hohenau,  
Cap. Miranda.

Ustedes saben que Jesús los ama. Ustedes comparten ese amor con otras personas. Ustedes ayudan a las personas porque Jesús les da su Espíritu Santo para amarlos. “El cumplimiento de la ley es el amor” (Ro. 13:10). “El mandamiento “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mt. 19:19)... puede interpretarse... se debe amar... al prójimo, pero a la manera como uno se ama a sí mismo. [...] Se trata, por lo visto, de un mandamiento de significado muy profundo, que cada cual debe tomar como norma para un concienzudo auto-examen. En efecto: las palabras ‘como a ti mismo’ excluyen todo tipo de amor fingido. Por ende, el que ama al prójimo a causa de su riqueza, renombre, erudición, favor, poderío, consolación, y no lo ama de igual manera si es pobre, humilde, inculto, hostil, dependiente, intratable, demuestra que su amor es hipócrita, y que no ama a la *persona* del prójimo, sino sus *bienes*, en cuanto que estos puedan ser provechosos para él mismo. Esto es prueba de que no ama al prójimo ‘como a sí mismo’. [...] Por consiguiente, si observamos este mandamiento de cerca, veremos que es el más difícil de guardar. No cabe duda: nadie quiere que le roben algo, que le hagan daño, que lo maten, que destruyan su matrimonio, que le mientan, que juren en falso en perjuicio de él, que traten de quitarle sus bienes. Pues bien: si no abriga los mismos deseos en cuanto a su prójimo, ya está en infracción contra este mandamiento. Por eso, el ‘amarás a tu prójimo como a ti mismo’ incluye también aquel otro mandamiento de Mt. 7:12: ‘Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas’. Resulta así que, si bien este mandamiento le puede parecer poca cosa al que lo mira superficialmente y de una manera más bien general, no obstante derrama un generoso caudal de enseñanzas, y en la forma más saludable, si se lo aplica a casos particulares, y nos da directivas infalibles para las situaciones más diversas.” (Lutero, Comentario sobre Romanos 13:10, pp. 414-415).

Por ejemplo, si una persona rica desea ofrendar a la iglesia, siendo que tiene un vecino pobre al lado de su casa que pasa hambre. Pero si él se pusiera en lugar del pobre, y consultase consigo mismo si le gustaría que a él no le dieran nada, para a la iglesia sí, entonces tendría que darse cuenta por sí mismo de cuál es el realidad su deber. Por el otro lado, a la inversa, si tal persona con muchos bienes, y ayuda a los necesitados, siendo que a su propia iglesia está pasando necesidad, que hay muchísimas cosas que hacer, pero la iglesia no tiene fondos. Pero si él se pusiera en lugar de la comisión directiva congregacional o parroquial, del pastor, en el lugar de las maestras, en el lugar de la comisión de la escuela, vería entonces por sí mismo la falta de amor con la cual estaría actuando, no viendo la necesidad que hace falta cubrir para que la obra misionera de Dios en su iglesia se realice. No podemos seguir delante de esta manera, salvando las apariencias. Uno debe sincerarse con Dios y ayudar al prójimo como corresponde.

“El que quiera tomar en serio este mandamiento y aplicarlo, [...] debe preguntarse: ¿Qué querrías que este hombre haga contigo? Y una vez que se dio a sí mismo la respuesta correspondiente, vaya y proceda con su prójimo de acuerdo con ella. Entonces desaparecerán de inmediato la rivalidad, la calumnia y la disensión” [...] El que hiciera esto, aprenderá a reconocer perfectamente sus defectos, a humillarse, y a temer a Dios... pues descubrirá que con harta frecuencia no sólo es negligente donde habría que ayudar al prójimo, [...] sino que es también es un enemigo y un falso hermano para con sus hermanos. [...] Por eso, el apóstol expresó claramente la naturaleza de este precepto cuando dijo en Filipenses 2:4: ‘No

mirando cada uno lo suyo propio, sino también por lo de los otros’, y en 1 Co. 13:5: ‘El amor no busca lo suyo’, es decir: el amor hace que el hombre diga NO a sí mismo y SÍ al otro; hace que se vista de amor al prójimo y se desprenda del amor a sí mismo; que se ponga en el lugar del prójimo y desde esa perspectiva juzgue qué querría él que le otro le haga, o qué debería hacer él y los demás a ese prójimo; y entonces descubriría cuál es su deber, pues esta norma infalible se lo dirá [‘ama a tu prójimo como a ti mismo’].” (Lutero, Comentario sobre Romanos 13:10, pp. 416-417).

“El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece” (1 Co. 13:4). ¿Quién encarna perfectamente este amor? Sólo uno: Jesucristo. En esto vemos el sufrimiento de Cristo, que por amor de nosotros, llevó la pesada carga de la cruz en sus hombros. La soportó benignamente por nosotros, por nuestros pecados, para que tengamos por la fe en él, el perdón de nuestras culpas y pecados. Es esta verdad del amor de Cristo por nosotros, de su evangelio, que sana y restaura los corazones quebrados por el pecado humano, por la falta de amor del otro para conmigo. Es el fuego del amor de Dios, revelado en Cristo Jesús, lo que necesitamos como cristianos cada día, como iglesia, parroquia y congregación, como matrimonio cristiano, como padres, como hijos, para que satanás no tenga poder sobre nuestras vidas y relaciones. En el Sacramento de la Santa Cena, Jesucristo nos dona y entrega su amor y perdón, para que continuemos amando y sirviendo a nuestro prójimo con su amor, con el amor suyo, con el amor de Dios. Nosotros podemos amar y servir, porque en su Santa Cena, Cristo nos comunica su amor salvador una y otra vez, a fin de que su amor permanezca en nuestro corazón, en nuestras vidas, hasta que el venga por segunda vez. Como él dice, en el relato de la Santa Cena: “Hagan esto, todas las veces que beban, en memoria de Mí”. El amor redentor de Cristo en la Santa Cena nos santifica, nos limpia del pecado, y nos ayuda a mirar al prójimo como alguien que necesita nuestra ayuda, nuestro servicio, aunque tal persona quizás no lo esté mereciendo. Pero esa es la esencia del amor de Dios: es un amor que regala una nueva vida, a aquel que echó a perder su vida; es el amor que perdona e ilumina, a quien por su pecado no es digno de ser perdonado; el amor de Dios por eso precisamente se define con un término especial, llamado “gracia”, porque su amor es un don que no merecemos, pero que sin embargo sólo él es capaz de perdonarnos nuestros pecados, nuestras maldades, por causa del sufrimiento de su Hijo Jesús en la cruz, que por amor a nosotros murió por nuestras maldades, y que resucitó de entre los nuestros al tercer día, para que nosotros, declarados justos por la fe en Él, en su obra, podamos vivir otra vez una vida reconciliada con Dios, y con el prójimo.

Estimados hermanos, aprovechen la oportunidad del tiempo presente, de hacer las paces con Dios, con sus hermanos, con aquellos con los cuales estén tal vez distanciados o enemistados. Esta es la gran oportunidad que Dios les está ofreciendo, de hacer las paces, de pedir perdón y de ser perdonados, un prójimo con el otro; de volver al arca cristiana, que es la iglesia; de volver a encaminarse en el camino del buen, y dejar a un lado las obras de la oscuridad. Por eso, recuerden lo que dice la Escritura, así como está compilado en el *Catecismo Menor: La Tabla de Deberes*:

Para los maridos: Maridos, amen a su mujer, y no le amarguen la vida (Col. 3:19). Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo (1Pe. 3:7).

Para las esposas: Las mujeres deben respetar a su marido como al Señor (Ef. 5:22). Como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor; de la cual vosotras habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza (1Pe. 3:6)

Para los padres: Padres, no irriten a sus hijos; al contrario, edúquenlos, corrigiéndolos y aconsejándolos, según el espíritu del Señor (Ef. 6:4).

Para los hijos: Hijos, obedezcan a sus padres en el Señor porque esto es lo justo, ya que el primer mandamiento que contiene una promesa es este: Honra a tu padre y a tu madre, para que seas feliz y tengas una larga vida en la tierra (Ef. 6:1-3).

Para todos en general: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En esta sentencia se comprenden sumariamente todos los mandamientos (Ro. 13:9).

“Es necesario hacer buenas obras, las cuales han de seguir por necesidad a la fe y la reconciliación”... “para contrarrestar y rechazar el engaño vanidoso y epicúreo por el cual muchos inventan para sí una fe muerta o ilusión,... como si pudiese existir en el corazón la verdadera fe y al mismo tiempo la malvada intención de perseverar y continuar en el pecado, lo cual es imposible; y como si uno pudiese por cierto tener y retener la verdadera fe, la justicia y la salvación, aunque fuese y permaneciese un árbol corrupto e infructífero, que no produce jamás buenos frutos, o aunque persistiese en cometer pecados contra la conciencia o intencionalmente reincidiese en estos pecados” (FC DS, art. V, § 14, 15).

A esta vida de pecado, es lo que San Pablo llama “sueño”, o “vivir en las tinieblas”. Por eso despertemos del sueño de una vida de pecado, porque el día ya se acerca: Cristo, nuestro Sol de justicia, está por aparecer, está por venir. Entonces, “andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestíos del Señor Jesucristo” (Ro. 13:13-14). “Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz” (Ef. 5:8). “Porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra” (1 Jn. 2:8). “Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios” (1Ts 5:6). “Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas” (1Ts 5:5). “El que ama a su hermano, permanece en la luz” (1 Jn. 2:10). Y que el Dios de toda gracia, los fortalezca o los guarde en la verdadera fe, y en amor, para la vida eterna. Amén.